

FELICIDAD, LIBERACIÓN Y REDENCIÓN

P. Bonifació Fernández

Algunos hechos para abrir boca. Un niño se tira por la ventana de un cuarto piso. Un hombre pasa en aquel momento por la calle. Lo ve caer. Alarga sus brazos. Y le salva la vida al chiquillo. Una persona ciega se cae a un río, y la corriente la arrastra. Otra persona ve la escena y se lanza al agua y logra rescatarla de la corriente impetuosa. Un montañero se pierde en el monte bajo la ventisca de nieve. Existen unos equipos de personas que con gran esfuerzo logran encontrarlo y salvarlo de la muerte por congelación. La enumeración se puede multiplicar. Son hechos de las páginas de los periódicos.

También para empezar una sugerente imagen: el hombre es una caracola en la que resuenan todos los rumores del universo. Y una experiencia cultural: la experiencia de la vida implica el derecho a la calidad de vida. El ser humano actual vive, tiene gusto a la vida, tiene derecho a la calidad de vida. Su vocación e inclinación fundamental es la felicidad. A la inversa, el hombre actual rechaza todo aquello que amenaza ese derecho y esa aspiración a la calidad de vida. La gente quiere vivir y quiere ser feliz. Se siente con derecho a ser feliz, a gozar de la vida. El hombre actual busca la felicidad como tejido sustancial de la vida. La busca con urgencia. La quiere de manera inmediata. Es cierto que esta búsqueda no es nueva; que es tan vieja como el ser humano; lo ha hecho por distintos caminos. En la antigüedad se distinguía una ética de la virtud y una ética de la felicidad. Pero en nuestra cultura la búsqueda voraz de la felicidad es, para muchos, la que sustituye la pasión por la trascendencia, por la vida eterna. En la posmodernidad el abandono de la trascendencia se ha traducido en el hambre de lo inmediato, en el gusto por el consumo del presente y la desconfianza del futuro. No es tiempo de pasión el nuestro; más bien es tiempo de fragmentariedad, de pensamientos y pasiones débiles, de consumo inmediato a costa de anestesiar las grandes aspiraciones y los grandes relatos.

1. LA BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD

La felicidad personal y colectiva es una aspiración dominante y se ha convertido en criterio de valor. Toda sociedad, religión, iglesia, ideología que no contribuya a esta aspiración, será rechazada, de hecho, por el ser humano actual. En nuestro contexto esto significa que la proclamación de la salvación tendrá que tener ese presupuesto: contribuir a la felicidad del hombre y de todos los hombres, especialmente de los más desvalidos. La religión está para dar vida, defender la vida, potenciar la vida, disfrutar de la vida (por parte de todos). Este criterio actúa, en la práctica, como una condición de credibilidad y plausibilidad social... La redención de Dios tiene que aparecer como potenciación de la vida, como apoyo a la dignidad y autoestima humana, como una fuerza de autorrealización. Un Dios "buena noticia" es creíble; un Dios moralmente bello es atractivo.

¿Qué significa en este contexto cultural la idea de redención? ¿Qué quiero decir cuando digo: Cristo es mi redentor, es el redentor del mundo? ¿A qué experiencias existenciales humanas me estoy refiriendo? ¿Es experimentable la redención? ¿En qué se nota históricamente que hemos sido redimidos? ¿Qué aporta la redención a la vida humana? ¿La cura, la unifica, la libera y la potencia? ¿De qué somos redimidos? ¿Es posible un cristianismo sin redención?¹ ¿Es posible un cristianismo sin mediaciones sacrificiales y redentivas?

Por lo pronto, la idea de redención supone una idea de la vida, una experiencia de la vida. Sólo en ese contexto tiene sentido hablar de la redención. Se refiere a la redención de la vida, la salvación de la vida para la vida eterna. Ello supone que se tiene pasión por la vida, el amor a la vida, la necesidad de afirmar la vida. Supondría el principio que tanto admira Teilhard de Chardin: a la vida le gusta la vida. Pero, de hecho, hablar de salvación de la vida o redención de la vida, implica que la vida está limitada y disminuida, o está esclavizada, está amenazada, no está lograda... Y necesita curación, restauración, expansión, iluminación, plenificación. Y es que a poco que vivamos conscientemente nos damos cuenta de que la vida personal y colectiva está afectada por el dolor. Yo sufro, hago sufrir. Todos sufrimos. Existen los holocaustos humanos en nuestra historia: Armenia, judíos bajo el nazismo,

1 Cf. VITIELLO Vincenzo *Cristianismo sin redención. Nihilismo y redención*, Madrid 1999.

las matanzas tribales de los Grandes Lagos... El sufrimiento se agiganta. Todos morimos y somos mortales, a pesar de estar hechos para la vida. Y la pregunta es insoslayable: ¿Por qué el dolor? ¿Para qué el dolor? ¿Tiene algún sentido? ¿Por qué la muerte trunca las aspiraciones profundas a vivir y vivir para siempre? ¿Hay esperanza para las víctimas de la injusticia y de la violencia? Un refrán griego dice que sólo las mujeres que han lavado sus ojos con lágrimas pueden ver con claridad. Si es así, ¿por qué?

Y en la dimensión positiva, si el hombre quiere ser feliz ¿por qué no lo consigue en mayor medida? ¿Por qué no consigue los sueños de su vida? ¿Por qué “los hombres mueren y no son felices”? (A. Camus).

En estas preguntas arraiga tradicionalmente la búsqueda de salvación y liberación plena. Pero la novedad histórico-cultural es que muchos de nuestros contemporáneos aseveran que no sienten necesidad de salvación ni saben de qué tendrían que ser salvados. Se sienten satisfechos sin salvación y sin religión.

2. EL DOLOR DE LO NEGATIVO

La situación negativa del hombre en la historia se expresa literariamente con distintas imágenes. Puede describirse con la imagen de la prisión, de las cadenas, del naufragio, de la enfermedad, de las tinieblas, de la opresión y explotación social... de la violencia política... la injusticia y las ideologías que la sostienen, el racismo, el sexismo, el capitalismo global, el terrorismo.

2.1. Experimentamos el dolor de lo negativo. Nos sentimos solidarios en él. Se trata de una solidaridad en la destrucción colectiva, en la violencia colectiva, en la destructividad humana. La manifestación de esto es, por ejemplo, la guerra, el terrorismo. La guerra es uno de los males de nuestra sociedad, una de las formas más bárbaras de la deshumanización. La sociedad civilizada la rechaza. Resulta intolerable. Es una vergüenza para la humanidad. La guerra, el terror, la opresión son las formas más claras de que el mundo está bajo el poder de lo negativo. Vivimos el dolor de lo finito, de lo limitado, de la incapacidad para superar la barbarie inhumana. En muchos casos el hombre es un lobo para el hombre.

2.2. Esta solidaridad y complicidad en lo negativo de la vida puede ser interpretada como esclavización y sumisión en virtud de poderes superiores.

Al menos, por experiencia, hay que decir que somos víctimas de las situaciones históricas. Se desencadenan procesos colectivos de agresividad, de odio y muerte, de venganza y contra-venganza, que no somos capaces de manejar y controlar. En términos religiosos estamos habituados a hablar del Tentador, de la oposición a la vida del hombre por parte de Satanás; el diablo es el que seduce a los humanos y los pone en contra de Dios; los esclaviza y los hace rebeldes frente a la armonía de la creación hecha por Dios. Sea cual sea la interpretación, el hecho es nuestra impotencia frente al poder de la injusticia y de la muerte.

2.3. La contraposición entre el infierno y el cielo, entre el infierno y el paraíso es otra interpretación. La aspiración a vivir un paraíso en la tierra es tan vieja como la humanidad... La existencia cotidiana de una gran parte de los 6.000 millones de habitantes del planeta tierra ha mejorado. Ha aumentado la calidad de vida. Son mejores las condiciones de salud, de educación, de dignidad humana. Se han alargado las expectativas de vida. Sin embargo, en realidad, esta calidad de vida no es todo; tenemos conciencia de que la situación en que vivimos tiene dimensiones de infelicidad, incluso de infierno algunas veces. Alguien hace eso con la vida de los otros. La sociedad está organizada de tal manera que la vida para algunos es como un infierno; el poder de lo negativo se concentra de tal forma que hace la vida difícilmente soportable.

2.4. Vivimos en un mundo injusto. La injusticia tiene actualmente la forma de la exclusión. Gran parte de la población mundial es población sobrante para el sistema socio-económico. Es prescindible. No es necesario para el funcionamiento del mercado de la economía mundializada ni como productora ni como consumidora. El Norte del mundo actual no necesita del Sur. La situación de nuestro mundo se parece a una copa de champagne. El mercado global se presenta como el gran ídolo que pide cantidad de sacrificios humanos. Es el mercado el que crea y distribuye la riqueza. Para el mercado interesa ser competitivos, no interesa ser competentes. La ideología del mercado impone una forma de fatalismo, el porvenir es más de lo mismo. No hay alternativas. Los sueños de igualdad, fraternidad, libertad son puros sueños. Nadie es responsable del mercado; todos son procesos económicos, todos son mecanismos fatales; eso es lo que nos quieren hacer creer. Fuera del mercado no hay salvación.

La lógica del mercado es contraria a la lógica de la solidaridad; cuando se mira a fondo, sin embargo, la cooperación es un imperativo político; interesa a todos los países. Está en juego la eficiencia misma del sistema.

3. DESMITIFICAR Y SECULARIZAR

Parece que el hombre de hoy, en la cultura secular, no se siente ni un gran héroe ni un gran pecador. No se vive a sí mismo como esclavo del poder de un Demonio. No se siente como un ángel rebelde y caído; no parece identificarse como expulsado de un paraíso original; tampoco como un deudor enorme con respecto al Dios justo y, por eso, merecedor del castigo y de la muerte eterna, y, por ello angustiado. El tema del pecado original es criticado como fuente de culpabilización. Parece que el hombre de hoy no se siente culpable de nada. Ni responsable de nada de lo negativo que sucede en la sociedad.

Se ha extendido el mito de la inocencia; el hombre sería feliz si no fuera perturbado por la sociedad y la historia. No se siente protagonista de ninguna gran historia trágica o dramática. Tampoco se vive como un desterrado del paraíso; se siente en la tierra como en su patria.

¿Qué decir de la idea que insiste en la pecaminosidad humana, el hombre es un ser pecador, es un fabricante de ídolos, está como diseñado como enemigo de Dios, el decide?... ¿Qué decir de la idea que afirma que el ser humano no puede vivir sin Dios, que necesita a Dios? El estar alejado de Dios no parece ser percibido por nuestros contemporáneos como perdición. Muchos han abandonado la relación explícita con Dios personal y dicen que no la echan de menos, que siguen siendo personas religiosas a su manera o personas sin religión, indiferentes. Hay intérpretes de este fenómeno que nos hablan de transición socio-religiosa. "En los grupos de edad comprendidos entre los 18-24 y 25-34 años pertenecientes a la mayoría de los países occidentales existe un proceso de salida del área de la religiosidad cristiana institucional y una emigración hacia otras áreas de vida religiosa y no religiosa"². La consecuencia es que la sociedad actual vive centrada

2 DÍAZ-SALAZAR Rafael, *La religión vacía. Un análisis de la transición religiosa en Occidente*, en: DÍAZ-SALAZAR Rafael - GINER Salvador - VELASCO Fernando (eds.), *Formas modernas de religión*, Madrid 1994, p. 90.

primordialmente en lo inmanente y desplaza lo religioso a lo periférico de la vida, tiene una religiosidad de baja intensidad, light.

La verdad es que tras la idea de la redención no puede estar la idea de un dios ofendido que necesita sacrificios, ofrendas, por parte de los hombres; un dios que necesite recibir reparación o prestación alguna por parte de los hombres para acercarse a nosotros y sernos benigno. No es Dios quien necesita reconciliarse con nosotros; al menos no es el Dios de Jesús. El Dios del profeta de Nazaret es Padre y es amor: es el Dios buscador de lo perdido, que ama y perdona sin condiciones al hijo pródigo.

¿Estará a la base de la necesidad de redención la experiencia de que el hombre llamado a la felicidad, por un lado, tiene necesidad de ella, y, por otro, no la pueda conseguir, porque es esquiva y está amenazada continuamente? ¿No será que la felicidad es como un rompecabezas al que siempre falta alguna pieza, o como una manta pequeña que siempre deja al descubierto alguna parte del cuerpo?³

¿No pasa lo mismo con la libertad? ¿No está amenazada por la opresión, por el miedo, por el odio, por la ignorancia? La verdad es que nunca está del todo conseguida. Todos nos sentimos oprimidos, de alguna manera, en nuestra libertad. Además el gozo y el don de la libertad hay que conseguirlo. Y defenderlo. La libertad tiene un alto precio⁴.

4. SALVACIONES BARATAS

4.1. *Saciar los deseos*

El ser humano está hecho de carencia y aspiración. Es un ser deseante; parece éste un imperativo primario. El deseo desencadena el dinamismo insaciable del tener, del poder, del querer. Nuestra cultura acelera estos deseos de mil maneras. Hay que satisfacerlos cuanto antes; diferir la satisfacción del deseo hace al hombre infeliz. La realización del deseo tiene que ser inmediata.

3 ROJAS Enrique, *La felicidad como proyecto*, ABC, 1-10-1989, p. 30.

4 En el precioso canto a la libertad que es la película titulada *La lengua de las mariposas*, el maestro Gregorio que enseñó a los niños a ser libres, es asesinado al llegar la guerra.

Pero, ¿y si los deseos fueran insaciables? ¿Habría que reprimirlos? ¿Habría que matarlos?

Hay muchas sendas hacia la realización del deseo. Los adictos a las drogas van tras ese señuelo de la satisfacción del deseo. Quieren vivir una realidad diferente a la única que hay en el día a día. La drogadicción es una huida del aburrimiento y del sinsentido de una vida monótona y rutinaria en un mundo lleno de otras emociones, otras vidas, otros protagonismos.

4.2. La ficción como espejo

El sueño es vivir una vida distinta, como en cine, como en el teatro y en las novelas. Nos presentan cantidad de vidas imaginarias de ficción. Y nos atraen. Son espejo de nuestros deseos frustrados o reprimidos; ponen de manifiesto la vida que nosotros hubiéramos querido vivir y no hemos vivido, ese mundo de ficción revela tendencias, aspiraciones ocultas en nuestro interior; historias de amor y muerte, de sexo y violencia, de enamoramiento, rechazo, fascinación; víctimas que son en realidad verdugos. La ficción es como el gran espejo que nos revela a nosotros mismos. Y así nos redime de la aburrida vida cotidiana.

4.3. Una hora de gloria

Otras formas de pseudo-salvación pueden ser los gestos “mágicos” que se convertirían en una sustitución de la vida cotidiana. Hacer rituales de espectacularidad que compensen de los sinsabores de la vida cotidiana, de la rutina. Hace falta vivir aventuras de viajes; resulta atractivo salir del anonimato y ocupar las portadas de los periódicos. Hay quien hace muchísimos esfuerzos por un record, por ser el primero, el más rápido, el más fuerte. Basta pensar en los juegos olímpicos. Una hora de gloria parece compensar y merecer muchas renunciaciones. Representa una pequeña y atractiva salvación del anonimato y la irrelevancia.

Dentro del tejido biográfico todos necesitamos ser alguien especial, irrepetible. Muchos necesitan imaginarse y anticipar el futuro de la vida con sus éxitos amorosos y profesionales, prevenir sentidos extraordinarios:

horóscopos, adivinos, pitonisas, echadores de cartas... llenan ese hueco. Y presentan un futuro tocado por el éxito y la felicidad.

4.3. Salvarse de los salvadores

Algunos que se presentan como nuestros salvadores, en realidad nos oprimen. Esa es la historia de algunos libertadores, de algunos movimientos políticos y sociales autoritarios. Los movimientos de liberación que practican la violencia son un ejemplo preclaro; se hacen pasar por los liberadores del pueblo, de la nación; en realidad son sus opresores. Arruinan la vida y la esperanza de los otros para alimentar la suya. Estas prácticas violentas y terroristas de los liberadores crean un cúmulo de sospecha y rechazo hacia la idea de salvación y liberación.

4.4. La banalización de la vida

La huida, la prisa en vivir y agotar o acumular las más experiencias posibles, son expresiones de esa banalización de la vida. Pisar el acelerador y agotar las posibilidades de la bebida es otra forma. También hacer del sexo una especie de religión sustitutoria según la cual las relaciones humanas hombre-mujer se reducen a relaciones cuerpo a cuerpo sin una profunda dimensión de amor. Y terminan en el aburrimiento y en el cansancio. Otra forma de banalizar es aligerar la vida de las trascendencias en una actitud superficial de diversión, sin pensar, a flor de piel⁵. Y a vivir que son dos días, esa es la consigna. ¡Déjame en paz, yo no me quiero salvar!. “Puedo vivir sin Dios, puedo vivir sin alguien que me salve, puedo vivir sin héroes, pero no puedo vivir sin memoria”, canta Víctor Manuel.

4.4. Salvación por lo civil

La salvación cristiana se presenta disfrazada y desfigurada en formas seculares. Es la salvación barata mediante sucedáneos o falsificaciones.

- 5 Los jóvenes ven muchas horas de televisión y participan en la cultura dominante, que algunos llaman cultura del zapping, que en su versión juvenil “se manifiesta en el zapping de la improvisación, del presentismo, del mariposeo”. ELZO Javier, *Jóvenes Españoles* 99, Fundación Santa María, Madrid 1999, p. 416.

Parece, pero no es. Asistimos a una especie de religión por lo civil. Se hace la primera comunión por lo civil, con vestido, fiesta y banquete incluido. Se casa la gente por lo civil. Mucha gente se confiesa en las ondas de la radio y la televisión y va a reconciliarse consigo mismo y con los demás en presencia del psiquiatra... La publicidad adquiere rasgos de religiosidad civil. No se venden objetos o servicios; se vende felicidad, libertad, dicha ilimitada. Los escaparates de nuestras ciudades son ofertas de sueños de una vida distinta, con estilo, con personalidad. Comprar ya no es simplemente consumir, es comunicarse; mostrarse como alguien muy especial.

Por otro lado, ciertas actividades colectivas adquieren rasgos sustitutorios de la religión. El deporte es una religión para muchos, para los que lo celebran fundiéndose en la masa, y para los que llegan a la fama, que es esa manera de inmortalidad social; el cultivo del cuerpo tiene regusto de inmortalidad, de eterna juventud.

En esta manera de vivir la inmanencia en actitud de zapping, queda lejos de la visión radical del hombre, según la cual Dios es lo que el hombre realmente necesita, Dios es la pasión y la plenitud última de la humanidad del hombre; el hombre lleva en sí un misterio divino.

4.5. Los ídolos

Vivimos en una sociedad llena de ídolos. En la medida en que la gente se despista del misterio de Dios se echa en brazos de ídolos que tienen una cierta apariencia de dioses en cuanto prometen seguridad, felicidad, plenitud: la fama, el dinero, el éxito, la fuerza, el mercado, el poder, el individuo, la nación... entran dentro de ese panteón de las idolatrías de la ciudad secular. Confieren una cierta protección, seguridad; tapan el dolor de lo relativo; anestesian la experiencia de la caducidad, debilidad, finitud humana.

5. ESTRUCTURA ANTROPOLÓGICA: UNICIDAD Y SOLIDARIDAD

La vida se puede experimentar como individuo o cómo género, como diferencia o como comunión, con identidad exclusiva y excluyente y, al final, identidad asesina, o como identidad inclusiva e identificadora. Se puede acentuar el ser único, irrepetible, independiente, diferente de todos los demás,

con un ADN diferente, con una historia irrepetible. Se puede, en cambio, acentuar que somos 6.000 mil millones de seres humanos en el planeta tierra, que formamos una unidad, una única histórica. Vivimos en una aldea global. Los problemas se han mundializado. Somos dependientes unos de otros. Navegamos en el mismo barco.

Ya la sentencia antigua decía: nada humano me es ajeno. Cualquier hombre es todos los hombres. En cada ser humano están todos los seres: sus desencantos y sus ambiciones, su exaltación y su fracaso. Cada uno de nosotros reproduce los descubrimientos, los entusiasmos y las crisis de la humanidad entera.

“Todos somos... Sarajevo”, “nos han herido a todos”, “todos hemos muerto un poco”: frases como ésta reflejan un proceso de identificación. Una persona se identifica con las demás, representa a las demás.

En el orden político y ético existe actualmente una gran demanda y necesidad de un tribunal internacional que entienda sobre los crímenes contra la humanidad: no pueden quedar impunes en ningún rincón de este planeta, porque atentan contra la humanidad de todos.

6. LA BUENA NOTICIA DE DIOS

La fe cristiana ¿es realmente un factor de liberación y humanización? ¿Contribuye a la cultura de la vida feliz para todos? ¿Es una buena noticia para la vida humana feliz? ¿Ha sido un factor de violencia y de destructividad? ¿Reprime realmente el amor y suscita sentimientos de angustia? Por la respuesta negativa a esta última pregunta va la tesis de Drewermann⁶. Pero, en realidad, la historia es muy compleja y las funciones de la religión son muy diversas. La verdad es que la fe cristiana es una gran buena noticia; es amor y esperanza en el ser humano y su historia; en último término porque el Dios de la alianza está presente en el mundo; lo ama, lo lleva a plenitud. Jesús es el “mebasser” de buenas noticias. Su vida y su mensaje se concentran

6 En tiempos del diálogo interreligioso, cuando el Papa pide perdón por los pecados de la iglesia, un autor en nombre del judaísmo, piensa que el cristianismo es una maldición, que lo mejor que puede hacer es desaparecer, SCHNÄDELBACH Herbert, *Das Fluch des Christentums*, Die ZEIT 2000, Nr. 20.

en el sermón del monte: dichosos vosotros, bienaventurados, felices... Sois queridos por Dios; el reino del Padre entrañable y cercano es vuestro; sois hijos amados de Dios.

6.1. En la medida en que la soteriología contemporánea quiere insistir en la presencia de la salvación, en su dimensión intra-histórica, en esa misma medida se hace más escandaloso el reconocimiento de un Dios bueno y providente, que quiere la felicidad humana, ante la magnitud del mal que vemos en forma del hambre, la injusticia, la enfermedad y sufrimiento inocente, de catástrofes naturales, de terrorismo... El sufrimiento humano resulta escandaloso. Si es un sufrimiento evitable el escándalo afecta al hombre, ¿cómo creer en él y amarlo? Si el sufrimiento que impide la vida feliz es inevitable, entonces es Dios que aparece encausado. Se le pide justificación.

El problema de la teodicea, de la justificación de Dios en presencia de los holocaustos, terremotos, huracanes... de este mundo, remite a la resurrección de entre los muertos como palabra última sobre la felicidad del hombre. Sólo un Dios que resucita a los crucificados de la tierra, que libera de todo dolor y toda muerte, es un Dios creíblemente salvador. No basta con confesar que Dios es todopoderoso y misericordioso. Cuentan que un rabino polaco llamado Salenski se suicidó, al conocer las noticias del Holocausto, pues no se correspondían con las promesas de la Torá, según las cuales Yahvé promete al pueblo judío aniquilar a todos sus enemigos. Cuentan también que un imán se negó a presidir los actos fúnebres en la mezquita de Duzce (Turquía) por los muertos en el terremoto de 1999. En este mundo de las grandes tragedias, experimentamos el silencio de Dios, un silencio apabullante, una ausencia clamorosa y desconcertante. Este silencio se hace palabra reveladora en la resurrección como triunfo definitivo de la vida sobre la muerte.

6.2. Tal vez esto significa que la idea del Dios salvador de nuestras vidas ya en el presente no sirve tanto como interpretación del universo y de la historia; sirve primariamente como llamada a continuar nosotros su compasión con todos los hombres. La salvación es misión y compromiso antes que interpretación, es continuación y testimonio antes que justificación. Luchando con Dios a favor de la vida feliz, se puede proclamar que es el salvador de todos. La religión cristiana del futuro, seguidora del Jesús crucificado, será compasiva y curativa; será una religión que destaque los

rasgos del diálogo, de la ecología; será una religión liberadora; una fuerza que sostiene la esperanza humana en la lucha por la transformación del mundo según la promesa del Dios que quiere convertir la humanidad en familia de hermanos.

Claro que esta confianza fundamental en las promesas salvadoras y consumidoras de Dios está sometida a la tentación de presente. Es vulnerable ante la realidad del presente. Surgen las cataratas de preguntas. ¿Dónde queda la redención de Jesucristo? ¿Qué ha aportado a la felicidad humana? ¿Ha mejorado realmente nuestro mundo en estos 2000 años? Hablar de redención como la radical liberación puede sonar hoy a la gran revolución transformadora del mundo, que nunca llega, que siempre se retrasa, la gran revolución pendiente, siempre pendiente.

7. JESÚS, PROFECÍA Y ALIANZA DE AMOR

Jesús es el profeta del reino de Dios. Entiende su vocación y su camino a la luz de la experiencia de los profetas como Isaías con la fuerza del Espíritu (Lc 4,14). Jesús comunica la alegría de la salvación y de la liberación. El tiempo de espera ha terminado. Ha llegado el tiempo del cumplimiento de las promesas. El profeta de Nazaret habla desde su experiencia de relación singularísima con Dios en la que recibe una palabra nueva y definitiva. Por eso cree en las personas, promete el futuro de la vida, recupera la vida allí donde se siente enferma, dividida y excluida. Jesús cura a los paralíticos, los encarcelados, los ciegos, los sordos. Restablece la vida y la expande desde un nuevo horizonte. Transmite el mensaje de que cada persona es amada plena y gratuitamente por Dios, que no tiene que conquistar el amor del Padre por el cumplimiento exacto de la ley, que sólo tiene que dejarse amar y acoger el regalo del Padre porque éste ama y busca a los perdidos. No nos quiere porque somos buenos, sino para que lo seamos. Su amor no está mediado ni limitado por la ley. Es gratuito.

Jesús cumple la misión de los profetas; es el revelador y la boca del Dios que habla, que se comunica y se hace presente en sus palabras y acciones eficaces. No es un Dios silente y enigmático. Se revela en Jesús como el Dios de la vida, de toda vida y de toda la vida. Sus palabras de vida acontecen en la existencia histórica del profeta que se adentra en los conflictos y divisiones de la sociedad. Jesús de Nazaret es mensajero. Y es también

mensaje. Como en el caso de los profetas su vida misma forma parte de la profecía, es profecía en acción.

En efecto, Jesús cumple el destino de los profetas. Dar vida, potenciar la vida de los pobres, entrar en los conflictos de la vida implicó para él poner en peligro su vida. Mantener viva la esperanza de Dios en la noche de la esperanza significaba ponerse en camino de exclusión. El mensaje de Jesús no aquietta; es inquietante; despierta a lo nuevo; provoca un cambio. Ve el fondo de la realidad con ojos de alianza y de amor. Jesús es el testigo del amor, de la no-violencia, de la esperanza. Como consecuencia de su vida murió rechazado y crucificado. Sobre la cruz es un hombre con los brazos abiertos y bien extendidos para abrazarnos y perdonarnos.

Dio su vida por nosotros. En la crucifixión radicalizó su amor y su pertenencia al Padre hasta el abandono, radicalizó su libertad y su entrega por nosotros, completó su amor salvador al mundo. Le quitaron todo en la cruz, pero no pudieron arrebatarle su amor y su perdón. La muerte en la cruz desemboca en la resurrección.

Jesucristo nos libera y redime porque se solidariza e identifica con nosotros, nos representa, nos sustituye, nos transforma muriendo crucificado y resucitando de entre los muertos. La salvación se realiza como representación, sustitución, transformación y solidaridad con nosotros... Jesús soñó y realizó el gran sueño de Dios: que el mundo sea la gran familia de los hermanos. Y nos transmitió ese sueño: "que os améis como yo os he amado". "Haced esto en memoria de mí". El amor es lo que redime al mundo.

Jesucristo nos brinda nuevas posibilidades de existencia; nos ofrece una vida más plena, más feliz.

Liberados experimentamos nuevas posibilidades de nuestra existencia:

- *A través de la redención de Cristo los cristianos experimentan la libertad de aceptar que, a pesar del pecado y de la culpa, son aceptados por Dios.*
- *La libertad de ser capaces de vivir en este mundo terreno sin una última desesperación sobre nuestra existencia.*
- *La libertad de mirar la muerte a la cara pues no tiene la última palabra.*
- *La libertad de entregarnos desinteresadamente por los otros en la confianza de que tal dedicación tiene, en último término, un significado decisivo (Mt 25).*

- *La libertad de aceptar experiencias de paz, alegría y comunicación y de entenderlas como manifestación, aunque fragmentaria, de la presencia salvadora del Dios vivo.*
- *La libertad de comprometernos en la lucha por la justicia económica, social y política.*
- *La libertad de ser libre de uno mismo con el fin de ser libre para los otros, libre para el bien de los otros.*
- *Para los cristianos todas estas experiencias son una experiencia cristiana de fe en el Dios que se revela a sí mismo en Jesucristo como el misterio sagrado del amor que todo lo abraza: experiencia de la salvación de Dios⁷.*

8. LA SALVACIÓN COMO RECONCILIACIÓN

Siguiendo las huellas de Jesucristo sus discípulos prosiguen su compasión, su curación de los enfermos, su abrir los ojos a los ciegos, hacer oír a los sordos, su evangelizar a los pobres. Sólo redime el que ama. Sólo se redime lo que se ama. “Quod non est assumptum, non est sanatum”. La encarnación del Hijo de Dios es el gran acontecimiento de la reconciliación entre Dios y el hombre, el gran misterio de unión y comunión entre lo humano y lo divino.

La pascua de Cristo es el acontecimiento de reconciliación entre los hombres y Dios y de los hombres entre sí. El resucitado es el Señor, el Kyrios de los principados y potestades. El resucitado es el Señor de los dioses y los demonios, de los ídolos, del presente y del futuro.

La redención, en el sentido cristiano, es holística. Tiene que incluir todas las dimensiones de la existencia humana: personal e interpersonal; corporal, psíquica y espiritual; social y cósmica; histórica y escatológica...

La redención implica la transformación de nuestro corazón y de nuestra mente, de nuestras relaciones personales y de nuestras relaciones sociales, implica la superación de la dominación alienadora. La redención afecta a la naturaleza y a la creación entera, es una redención cósmica y universal.

7 SCHILLEBEECKX Edward, *Church. The human story of God*, 1990, p. 132 (Traducción propia).

Jesucristo es el redentor porque libera la vida humana de sus amenazas radicales. Y una de ellas es la muerte y el miedo a la misma. Será vencida. Ya tiene los días contados. Estamos en la prórroga o en la cuenta atrás. Por eso concretamente la redención del Mesías se entiende, en una de sus dimensiones, como reconciliación entre la vida y la muerte. La vida vital hace a la muerte mortal. Esa reconciliación entre la vida y la muerte es posible sólo gracias al amor. Y a un amor muy fuerte y peculiar. El amor es vital, expansivo. El amor resucitador hace vivir, libera de la mortalidad de la muerte. El amor resucitador da sentido y felicidad a una vida en camino hacia la muerte.

8.1. La no-reconciliación entre la vida y la muerte se vive en el plano personal y social en el mundo actual. Se manifiesta en que vivimos confiando en la omnipotencia y la eternidad del dinero. Estamos persuadidos de que puede conseguirlo todo; puede librarnos de todos los problemas, darnos seguridad, perpetuidad. El dinero tendría un poder ilimitado. Para eso y por eso la sociedad margina la muerte y su presencia; configura una vida sobre la represión de la muerte. Y sobre la represión de todo aquello que tiene que ver con la presencia de la caducidad y de la muerte en nuestra sociedad, los enfermos, los ancianos que necesitan ser asistidos, los pobres. Se margina todo lo que puede hacer de espejo de la propia fragilidad y caducidad.

8.2. Desde el punto de vista institucional esta irreconciliación puede funcionar también en la Iglesia como institución. Aquí se destaca la importancia de la institución: las personas pasan, las instituciones permanecen; dan perennidad; duran siglos. Adherirse e identificarse con las instituciones fuertes y duraderas puede ser una forma de reprimir la propia mortalidad y caducidad. Los individuos son efímeros y mortales, pero las instituciones no. Por eso la dedicación a hacer fuerte la institución, a defenderla, puede ser una manera de ignorar la propia mortalidad.

8.3. Es el amor redentor del Jesús crucificado y resucitado el que nos impulsa a reconciliar la vida y la muerte: tanto desde el punto de vista personal como social y estructural o comunitario. Esa reconciliación posibilita el vivir con libertad en instituciones provisionales, precarias, dispuestas a morir para dar vida al futuro.

8.4. La redención es liberación de la angustia, del miedo que es el origen de la violencia y de la destructividad y que esclaviza y mata la vida. En ese sentido es bueno tener presente que la fe cristiana no es sólo una interpretación del mundo, no consiste sólo en la verdad, objetiva, dialogante...;

tiene una esencial misión terapéutica, cura la vida enferma, libra del miedo que la encoge, de la angustia que la paraliza, de la ley que la endurece; la fe en Jesucristo cambia y plenifica la vida. De esta forma radicaliza la vocación fundamental del hombre a la felicidad. La realización plena de sí mismo es potenciada al máximo. La vida humana tiene dirección y futuro pleno. Este la inclina hacia adelante. El amor le da sentido y solidez por encima de la muerte. El amor tiene futuro.